

AENIMA

WHEREABOUT LAND

HERMANOS STEIGEN

ZEKE STEIGEN MIKA STEIGEN LUKE STEIGEN

UNIVERSO
de LETRAS

—Quiet Loudhouse.

Zeke, Mika & Luke

Desde ya, la casa silenciosa no se volverá a callar.

Capítulo O

La historia de los olvidados

Despierten. La voz sonó distante, ahogada entre truenos y la lluvia que caía. La obscuridad, casi como un perfecto manto intenso, era interrumpida repetidas veces por gráciles relámpagos, los cuales dejaron ver que en el suelo, polvoriento y desaliñado, se movía al son del salón, un balón de cuero con diseño similar al de un jabalí enroscado. De pronto, con un crujido débil, la puerta se abrió y el balón escapó, como un escurridizo manchón, hacia lo desconocido, dejando tomar a la luz, el sitio que se merecía en la habitación. Entonces, y como si esta los invitara, salieron al corredor, cuyo aspecto era demasiado angosto, generando una ligera claustrofobia; con decenas de puertas que lo hacía parecer infinito.

—Todos los marineros a la sala de calderas, ¡rápido! —gritó un hombre a la distancia, y siguiendo la voz, sonaron pasos apresurados tras esta, dejando allí, un silencio fúnebre como una nube de incomodidad.

Notaron que sus piernas temblaban, pero impulsados por la curiosidad nata de un aventurero, avanzaron a través del corredor, buscando una escapatoria, una puerta abierta entre las decenas de opciones que tenían adelante, aunque sabían, de alguna forma, que ninguna de ellas iba a ceder más que lo suficiente para asomar un ojo. Los pasos resonaban y el pulso del corazón se alzó ante el silencio, tembloroso y valiente. Tenían la sensación de que, a cada paso que daban, los muros se encogían a sus espaldas, como si alguien, tal vez un dios invisible, los estuviera estrujando por diversión.

Durante todo el camino mantuvieron silencio, atentos a cualquier ruido que pudiera nacer a excepción de sus pasos. Entonces, oyeron el crujido de la madera llenar el espacio vacío, y fue en esa fracción de segundos, que un fuerte olor a humo llenó el corredor junto a sus pulmones. Tan rápido el terror se hizo con ellos, voltearon, encontrando unas atizadas y feroces llamas con aspecto siniestro, a menos de unos palmos de ellos. Sintieron el calor y los músculos tensarse, el miedo finalmente los había paralizado mirando atónitos las flamas, cuyas lenguas ígneas exhibían lo que parecía ser una espantosa sonrisa torcida. Presos de un sentimiento de supervivencia, se esforzaron para moverse, y tan pronto lo lograron, echaron a correr a lo largo del que aparentemente, era el único camino. Se detuvieron en cada puerta sin importar que la mayoría no fuera abrirse, revisando cuál sería la correcta, hasta que dieron con la única salida, la única puerta que, como un salvavidas, se abrió. Esta tenía, pintados en la madera, unos enormes ojos color carmesí cuya vista permaneció fija en el siniestro. La abrieron, y cruzaron el umbral. Ahora, el océano furioso y la tormenta desenfrenada los recibió.

Estaban en la cubierta de un enorme barco de madera que se mecía a causa de la tormenta que azotaba el gran manto de agua. Sobre la estructura de madera, se veían cientos de cajas de diferentes tamaños, enumeradas y, algunas de ellas en bloques caían

al océano. Todo parecía indicar que se trataba de algún tipo de barco mercante.

—¡Sujétense lo más firme que puedan! —exclamó una mujer, con voz ida y desesperada. Se oían estruendos ensordecedores, más ninguna otra voz aparte de aquella que una mujer profecía—. A los botes salvavidas, ¡muévanse!

Ellos sabían que no podían ir allá, es más decidieron bordear el barco con un paso oscilante, buscando una mejor vista de lo que iba ocurriendo. Justo por delante, estaba la causante del llamado de la mujer que oyeron: había una minúscula cantidad de personas apiñadas frente a los botes salvavidas, intentando abordar, mientras que otros ya se encontraban luchando por sobrevivir contra las violentas olas que sacudían el océano. Sin importar del caos, sobre la baranda al otro extremo de los botes, con los pies al mar, se encontraba una persona, lo que parecía ser la figura ensombrecida de un jovencito. Sonreía resplandeciente como quien mira a alguien muy querido, pero con cierta pizca de melancolía.

—Siempre hay más de un camino correcto, nada reside en una única opción. —Su voz sonó distorsionada a la par que distante. La silueta volteó a ellos, sin borrar aquella bonita sonrisa de su rostro (lo único que se lograba ver) y por la espina dorsal los recorrió un escalofrío el cual no tenía ninguna relación al panorama...

De repente, el fuerte ruido de una puerta haciéndose añicos sonó atrás, ellos giraron por reflejo, encarando lo que supondría ser el propietario de la anterior siniestra sonrisa que habían visto en el fuego. Por el agujero de la puerta, se dejó ver un monstruo de descomunales llamas, irguiéndose en todo su esplendor.

El barco se movió sin control. Por un instante tuvieron la intención de socorrer al jovencito, pero su atención fue capturada por el inminente peligro. El monstruo alzó los brazos envueltos en feroces llamas hacia el cielo tormentoso, y aporreó el cargamento con increíble fuerza, generando una estruendosa explo-

sión. Las flamas avanzaron engullendo todo a su paso, pero quién estaba sentado no se inmutó. Sumidos en la presión del pánico, tambalearon con torpeza hasta la baranda, el último bote había partido e intentar alcanzar uno, aunque fuera lanzándose hacia las violentas aguas, parecía ser la única opción, voltearon.

El monstruo alzó los brazos nuevamente, amenazando una segunda arremetida, el océano emitió un pequeño destello y... saltaron.

El agua los recibió como una suave sábana de seda. Por debajo estaba sereno, era como una fría colcha acuosa protectora, y justo detrás de ellos, venía aquel peculiar balón seguido por una cola de humo negro... Una vez se abrió paso en el agua, las burbujas los envolvieron, la vista se nubló, todo se volvió difuso, incluso la sensación gélida los abandonó...

Tan pronto abrieron los ojos, el paisaje sufrió un cambio abrupto. Ahora, lograron escuchar, haciendo eco por el espacio, un tren listo para partir. Era una estación enorme, amarilla, llena de asientos y maletas dispersadas a sus anchas por el suelo. Por los lados, brillaban tiendas atendidas por rostros desconocidos; oyeron, expandiéndose por donde mirasen, un intenso murmullo. Pero, la voz mecánica y sin género proveniente de un altavoz, se sobrepuso al bullicio avisando que un tren estaba pronto a partir:

—Queridos, favor abordar el canguro para abandonar la bolsa marsupial. —Ninguno de los dos pudo entender el mensaje. Tampoco tuvieron tiempo para meditar, es más, fueron arrastrados por la corriente de personas enmascaradas que con tono cortante, advertían que se esfumaran de su paso y, cuando hubieron llegado a la mitad de una escalera, un tipo que sobresalía entre los demás, con máscara de galgo disecado, cuencas vacías y lengua asomándose entre los dientes, se paró en seco justo en frente de ellos. Era flacucho, esmirriado y repugnante a la vista. Un ser realmente ominoso.

—Piérdanse —exclamó y los corrió del camino con un movimiento violento. Por unos segundos quedaron en blanco, querían haber respondido pero las palabras decidieron huir de ellos, ocultándose entre la multitud junto al sujeto, a quién habían perdido de vista cuan veloz pestañearon.

Una vez dentro, el vagón no parecía estar tan lleno como hubieran creído, pero tan pronto se hallaron en el centro del pulcro sitio, el tren partió a gran velocidad, causando un desequilibrio en ellos por la brusquedad del movimiento. Se refugiaron en un asiento vacío junto a un muchacho enmascarado de ornitorrinco, que sollozaba y repetía en tonos débiles, más para sí mismo que para el resto:

—No soy lo que dicen, no seré lo que dicen. —Ambos lo miraron con curiosidad. No parecía mayor a trece años, a juzgar por su apariencia. Sobre el regazo llevaba una mochila de estampado de canguro, donde guardaba un enorme bate que sobresalía. La abrazaba con brío, como si de aquel objeto dependiera su vida.

Dudando si debían ayudar, decidieron mirar por la ventana, oyendo aún los quejidos moquillentos del niño a su lado. A través de un pequeño rectángulo de cristal, el cielo crepúsculo se despedía, mostrando una transición al azul nocturno salpicado de estrellas.

Apoyaron cada uno una mano sobre el vidrio, mirando emboados el paisaje que pasaba tan rápido fuera un rayo. Las figuras se volvieron jirones coloridos, mezclándose hasta alcanzar una masa arcoírica herida, que desangrando su esplendor luminoso, acabó en gris absoluto. Por fuera, nada se podía distinguir, salvo por el macizo estrellado cuya gloria se mantuvo intacta, puro e inalcanzable, mirando con cientos de ojos la vida que trasladaba el tren. Entonces, se percataron gracias al reflejo de la ventana, que el interior del vagón se hallaba vacío, y con sorpresa miraron hacia atrás.

En efecto, por unos segundos no creyeron lo que veían. El muchacho y todas las personas enmascaradas habían desaparecido, y esta vez con diferencia de anteriores ocasiones, sobre los asientos yacían sombreros y flores. Salvo por el asiento contiguo, donde estuvo el niño, que había una corona de flores opaca y marchita que despedía diminutos pétalos. Ambos notaron las piernas temblar a causa de la estructura y... Las puertas se abrieron con un golpe sordo. El viento entró a ráfagas colándose por la ropa al tiempo que moría, volando los sombreros y flores también; una vez más, sonó el altavoz.

—¡Les traeré una nueva forma de entender la paz! ¡Mataré por como quiero vivir! —bramó una voz, resonando por el vagón como una radio mal sintonizada, y al momento siguiente el tren como si ahora fuera fantasma los atravesó, abandonándolos suspendidos en el aire, justo en medio de la ruta y, con una abominable sensación de frío metálico y mareos, cayeron de bruces al vacío.

Vieron los colores pasar como manchas borrosas, apenas podían ver más allá de la nariz con claridad y, haciendo un increíble esfuerzo, divisaron casi como quien recuerda una imagen, la figura de un hombre, hablado con una mujer de su misma altura, gracias a que esta estaba suspendida en el aire por unas enormes alas de aspecto frágil...

Tocaron suelo, y todo se aclaró; se habían trasladado, pero esta vez, se hallaron en un ascensor que no parecía subir o... bajar, sin embargo, estaban en movimiento a una velocidad increíble. Automáticamente, y en un acto fugaz cubrieron su nariz y boca, creyendo que una vez más, se inundaría la sala, pero... no sucedió nada. Bajaron la guardia.

Sus miradas vagaron por la sala. Era más grande que el promedio de un ascensor; el suelo y paredes exhibían un reluciente color blanco perla, y en el centro había un reloj de pie detenido,

sin embargo seguía sonando un inquietante tic-tac, llenando con su presencia el pálido cuarto.

Dudaron unos instantes antes de acercarse a la botonera, la cual aparentemente, se encontraba defectuosa. En efecto, los botones estaban hundidos en sus lugares, como si hubieran sido golpeados con la peor de todas las cóleras o frustración.

De repente, la mente se les cubrió con la imagen de la escena anteriormente vista; la del hombre hablando con la mujer y sus piernas temblaron, decidiendo pocos segundos después, que lo mejor era sentarse unos centímetros lejos del reloj, y no fue hasta ese momento que sintieron la vibración que sufría la estructura por la velocidad que llevaba.

—Es así todo el tiempo, sentimos que vamos hacia algún lado pero no llegamos a nada. —Giraron en su eje, repentinamente alarmados. La voz había nacido desde un punto incierto, tenía dejes de rabia frustrada y, dedujeron que el propietario era quién había hundido la botonera.

—¿Quiénes? —Les sorprendió el escucharse hablar, parecía como si las palabras hubieran decidido huir sin descanso, dejando el cerebro en blanco y la boca cerrada, hasta ese preciso momento.

Esperaron durante largos minutos la respuesta que nunca llegó y cerraron los ojos, entregándose al viaje, aguardando lo que avisó la voz pero el ascensor se detuvo. Inmediatamente, abrieron los ojos. La sala había mutado, el blanco perla quedó atrás junto al reloj y su sonar y, ante ellos crecía una enorme puerta de rejillas de pinta atávica.

Delgadas tiras metálicas se unían y entrelazaban formando un enorme sol y luna, que eran bellísimos. En los bordes estaba un espacio designado a las estaciones del año y justo en la unión entre ambas puertas, había un escudo corrompido del cual solo se podía leer «Comunidad». Se reincorporaron y delinearon el escudo con los dedos, era áspero, frío y como si el entramado me-

tálico fuera una muralla firme que atrapaba todo haz de luz, la sala permaneció en penumbra. Pero la puerta comenzó a abrirse lentamente, y una bocanada de luz cegadora entró con fuerza a la par que una horrible sensación de mareos los atrapó entre sus garras. Durante largos segundos sintieron que alguien de poder superior los separaba y unía, en una macabra danza sinsentido. Esperaron afirmados en la pared, con los ojos cerradísimos, aferrados a lo único que sentían firme, como una isla en medio del océano. Cuando finalmente la puerta se abrió con un crujido mudo, abrieron los ojos. Tras esta, se reveló ante ellos un paisaje digno del mejor retrato de la época renacentista; dieron los primeros pasos, trémulos pero decididos.

Se hallaban en un acantilado apretujado por centenares de nubes brillantes, mullidas y suaves, que lo hacían parecer el mar en blanco. Por el suelo se extendía un manto de flores con variados colores, hundido bajo el largo pasto que se elevaba por más de diez centímetros. Había una brisa álgida pero que a su vez, significaba una cálida bienvenida.

Entonces majestuosamente, con un destello verdoso a la distancia el cielo atravesó cada una de sus etapas a lo largo del día; desde el alba, pasó por el crepúsculo y finalizó con el cielo nocturno, mientras que el océano blanco y suave bailaba al son de la brisa, dejando ver enormes huecos que mostraban tierra a muchísimos metros por debajo del sitio donde se encontraban. El viento se alzó, y como si quisiera saludar en un estilo muy peculiar, heló la nariz, orejas y mejillas de cada uno.

Asombrados, alzaron la cabeza, y con total confianza aparecieron centenares de estrellas y cuerpos celestes, junto a un gigantesco cinturón de polvo cósmico que parecía escupir un montón de estrellas fugaces. Bordeando aquel anillo, se hundían y asomaban decenas de orcas que emitían un potente resplandor celeste, con cuerpo de brillante negro y diminutas motas en forma de estrellas

cernidas sobre su cuerpo. Asimismo, las constelaciones aledañas se observaban con perfecta claridad desde allí, mejor que en cualquier otro sitio del planeta.

Con un profundo retumbar aparecieron por bajo de los pies y a los lados, inmensas ballenas barbudas muy semejantes a las orcas de arriba, salvo que a comparación, estas poseían un especial brillo dorado que las rodeaba, varias veces superior. A las anchas del cuerpo púrpura casi transparentes, se esparcían también diminutas y enormes estrellas unidas con finas líneas que las hacían parecer constelaciones.

Se elevaron varios metros sobre una que los sorprendió, y a medida que iban subiendo una creciente emoción los embriagó. La galaxia parecía a pocos centímetros, como si estirando el brazo pudieran alcanzar un astro. Poco a poco, se iban acercando hacia algo totalmente fuera de lo común. Aguzaron la vista hasta distinguir una especie de enorme fortaleza suspendida en el vasto universo, pero: ¿qué hacía allí? Ambos bajaron la vista, pensando y voltearon a mirar a su lado, encontrando a un igual, finalmente se habían separados pero viajaban juntos. Todo quedó en negro. Despierten.

Capítulo 1

El árbol risueño

Un puñado de rayos de luz se filtró por las delgadas cortinas, hasta impactar en los rostros de dos muchachos que dormían hasta hace segundos.

—¡Siéntense! —bramó un señor justo detrás suyo, en un intento de calmar a la multitud de niños, rodeando los catorce años, que lejos de obedecer, jugaban y gritaban en el pasillo.

Un joven de tempranos veinte años, cabellos rubios y una barba de chivo francamente horrible, extendió unos paquetes de galletas junto a un par de jugos, a los recién despertados. Vestía ropa a juego azul, la cual dejaba en claro que se trataba de un instructor de algún tipo de campamento.

—¿Se encuentran bien? —preguntó él, en un tono preocupado, ofreciéndoles con la mano libre, unos pañuelos desechables.

Los jóvenes, más que responder, se estiraron entre quejidos, mirando un poco desentendidos a su alrededor, bajo la atenta mirada del muchacho, quien tenía sus ojos analíticos escudriñando sus gestos.

A juzgar por la pinta que traían, pálidos y empapados en frío sudor, era como si hubieran estado huyendo durante horas de un terrible monstruo, sin embargo ambos asintieron pasado unos instantes; pues se sentían perfectamente bien, y aceptaron muy agradecidos la comida y pañuelos.

Hacía días que aquel sueño no regresaba para ninguno de los dos, pero a diferencia de los anteriores, esta vez hubo grandes cambios. Mantuvieron un bostezo (cubriéndose la boca por si acaso) sin quitar la mirada del muchacho rubio, quien torció la boca. Era más que obvio que no les creía, pero no quiso indagar más en el asunto, giró sobre los talones y regresó a su puesto en la primera planta, luego de una rápida inspección a los demás niños, calmándolos durante unos instantes.

Ambos muchachos se miraron y cayeron en cuenta porqué la cara del instructor. Entre risas dijeron:

—¡Ellen, tienes cara de murciélago despeinado! —El muchacho miró a su compañera, y ella respondió.

—¿Sí? ¡Tú pareces koala mojado, Allen!

Los dos jóvenes soltaron sonoras carcajadas que capturaron la atención de los demás niños, pero justo antes que éstos dieran inicio a una segunda ola de juegos por el corredor, una mujer con rostro de piedra y cabello de corte casi egipcio, se levantó haciendo callar a todos con su sola presencia.

Allen y Ellen se acomodaron bien en sus asientos y regresaron a sus anteriores posiciones de mirar hacia la ventana y corredor respectivamente, comentando de vez en cuando el paisaje, en una voz demasiado baja, además de compartir una ligera charla acerca del reciente sueño, pues aunque tenían la confianza para charlar de aquello, no sentían la necesidad de hacerlo.

Se hallaban viajando cuesta arriba, en un arduo viaje que tomaba varias horas hasta llegar a un pequeño campamento colindante a un bosque. A mitad del camino, habían caído dormi-

dos, consecuencia del que una vez fue asombroso, pero ahora no era más que un monótono paisaje. Ambos muchachitos se encontraban situados en los penúltimos asientos de la segunda planta del autobús que tenía como objetivo el campamento de verano que ofrecía una excursión, que en el caso de Allen Ferrer, había sido una real odisea conseguir el permiso.

Allen venía de una familia muy aprensiva, cualquier tema que lo relacionara a él y alejarse de la mirada segura de sus padres, era un indudable conflicto a tratar y los intentaba entender, pues antes de él, hubo un hermano que murió a muy temprana edad. Sin embargo, después de una ola de estrés por el permanente encierro, continuado por una seguidilla de malos sueños, que culminaron con la peor noche posterior a navidad jamás vivida, y que ni los documentales de animales que más disfrutaba le ayudaron, hizo creer a sus padres que lo mejor era que tomara aire fresco en una larga excursión. Así, el campamento donde trabajaba el hijo de un muy buen amigo de su padre, fue la solución.

Durante las semanas anteriores al viaje, Allen se había sentido como un total bicho raro entre sus primos, y fue con una justificada razón. Llegada la semana inicial del comienzo del año y mientras se hallaba en la primera comida que reunía a todos sus familiares, tradición familiar que se llevaba a cabo por más de tres generaciones en la familia Ferrer, Allen comentó con timidez sobre sus sueños y, a su precisa mala suerte, acabó siendo el único que alguna vez había experimentado algo semejante, y excluyendo a sus padres, la única quien lo escuchó, creyó y trató de ayudar, fue su tía Eleanor. Pero la vergüenza pasada aquella tarde, no se la quitó nadie.

Él iba sentado, con la cabeza apoyada en el vidrio, mirando sin atención real el paisaje pasar frente a su nariz. Por el otro lado, iba Ellen Basualto, sentada mirando al pasillo. En su caso, vivió algo increíblemente similar a Allen; el estrés y los sueños extraños que culminaron con una espantosa noche, que en su caso, sucedió

durante el año nuevo, pero, sus familias eran totalmente diferentes. Ellen venía de una familia distante, el extenuante trabajo de sus padres exigía la mayor parte de sus días lejos de casa, dejando poquísimas horas que pasar juntos, pero cada vez que compartían merienda juntos, lo agradecía desde lo profundo de su corazón.

La vida de ella se veía resumida al cuidado del frágil estado de salud de su abuela Alana, quien siempre le repetía que debía cuidarse como su mayor tesoro cada vez que iba a la tienda por medicamentos. De recompensa por su trabajo y también para alivianar la difícil situación que vivía producto del estrés, una mañana sus padres la sorprendieron con un boleto para una excursión que exprimiría al máximo sus cualidades atléticas naturales.

Cada noche antes de dormir y cuando Alana iba a acurrucarla, su abuela aprovechaba de dejarle bien en claro que debía disfrutar el tiempo al aire libre y olvidar todo el trabajo diario que debía cargar sobre sus hombros, no iba a morir si pasaba unos días por su cuenta.

¡Pero! La semejanza entre aquellos dos jóvenes no acababa allí ni mucho menos.

Allen y Ellen, parecían gemelos; compartían la altura, tenían pensamientos semejantes y color castaño de cabello. No obstante, también tenían uno que otro punto dónde se diferenciaban, como por ejemplo: Ellen, desde pequeña, se amarraba el cabello en una enorme coleta lateral y Allen siempre lo traía bien cepillado, arreglándoselo cada vez que tenía la oportunidad.

En el caso de Ellen, se sentía orgullosa de ser la más alta entre la zona dónde vivía, y aunque tenía dificultades para congeniar con los demás (por ello era que decidía recluirse y salir únicamente cuando la situación lo requería), se la pasaba corriendo en una vieja corredora que alguna vez había sido un novedoso regalo, junto a la cama de su abuela quien la animaba a fortificar sus cualidades físicas, curándola cada vez que caía de la maquina por correr de

manera temeraria. Y Allen era, en comparación a sus primos, un bicho raro. Tenía pocas cicatrices de caídas, fruto de su constante encierro y carecía de tacto a la hora de comentar datos curiosos y pocos comunes sobre diferentes seres vivos, dejando a la mayoría boquiabiertos cada vez que él encontraba oportuno contar algo peculiar. Su tía Eleanora, sin embargo siempre reía de la cualidad de su sobrino, y cada que tenía la oportunidad, lo escuchaba muy atenta aunque los demás intentaran pasar del tema. Además lo llenaba de comida, ya que según ella estaba en los *huesitos*, salvo por sus adorables mejillas redondas que tanto le gustaban apretar.

No obstante, lo que los hizo congeniar rápido no fue otra cosa que una absurda coincidencia que compartían y que se contaron tan pronto ambos se sintieron en confianza genuina. Y fue que, a finales del año pasado, durante las fiestas de navidad y año nuevo, respectivamente, en altas horas de la madrugada una entidad de ojos abismales y forma de fuego, apareció en sus ventanas tras los vidrios, suspendido en la altura. Pero, si bien Allen y Ellen, al llegar el alba de la mañana post fiestas, pusieron en duda lo avistado, no pudieron removerse la imagen hasta que le contaron a sus padres, sin conseguir una respuesta que no fuera endeble. Nadie quién conocían pudo explicar lo sucedido.

Por otro lado, ambos poseían un hermoso collar, con una inusual piedra verde nublado brillante, sin tratar. Y por si fuera poco, desde el segundo uno que se vieron, Allen y Ellen habían estado compartiendo vivencias, sueños, conocimientos excéntricos sobre animales y nombres complicados de medicamentos de forma locuaz, hasta caer dormidos por el calor y aburrimiento.

Pasada la media hora, el autobús se detuvo frente a una rústica casita que daba frente a un camino rural, finalmente habían llegado a lo que Félix, el joven rubio, avisó, el camino hacia el campamento. Seguido, el muchacho volvió a entonar un aviso, solo que esta vez, era llamando a todos para descender, acotando

que los del segundo piso debían tener cuidado a la hora de bajar por las escaleras.

Ellen se levantó primero con un gesto de asco dibujada el rostro. La ropa se le había pegado a la espalda, y aunque le resultó sencillamente repugnante la sensación, no pudo evitar una risita ante los gestos de sufrimiento que hacía Allen por la misma causa.

Ella estiró los brazos, alcanzó sus objetos en el portaequipajes y los bajó.

—Recuerda no dejar nada —avisó y él la siguió.

Eran de los últimos arriba, y luego de tomar sus pertenencias, enfilaron hacia las escaleras con las mochilas sobre la cabeza debido que el pasillo era angosto. Al encarar la escalera, se fijaron que un instructor iba subiendo para supervisar que los restantes descendieran. Entonces, se quedaron petrificados como si la mismísima medusa fuera quién los recibiera, y acto reflejo protegieron sus collares, cerrando el puño sobre éstos. Por una fracción de segundos, vieron que el instructor llevaba una máscara diez veces más abominable que las que había en sus peores pesadillas. La piel áspera se extendía a duras penas, cubriendo casi la mayoría del rostro espantoso similar a un murciélago, con cuencas vacías y sonrisa maltrecha... Todo pareció detenerse por lo que dura un pestañeo...

—¿Allen? —dijo Félix al tiempo que se aparecía por el agujero de la escalera. Sonrió aliviado al dar con quién buscaba, y dando zancadas apresuró la bajada.

Mientras bajaban, Allen dio un último vistazo hacia atrás, a su vez que Ellen. No había nadie con máscara, sólo un hombre alto, de gestos toscos y rostro cetrino, apurando a las demás personas que iban quedando. Félix los regañó al tiempo que los analizaba con la mirada, y regresaron la vista a las escaleras, aparentando estar perfectamente.

Una vez que escaparon del encierro, fueron recibidos por un espléndido día con brisa fresca y casi sin nubes, y las pocas que